A continuación encontrarás una muestra del libro «La pregunta decisiva de Jesús - Serie Favoritos» del autor Joseph Stowell

Puedes adquirir el libro aquí: https://www.editorialunilit.com/pregunta-decisiva-de-jesus-la-bolsillo

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros por el correo info@editorialunilit.com

La pregunta decisiva de Jesús

VIVA HOY LA RESPUESTA

JOSEPH M. STOWELL

Unilit

Sepa

Contenido

La historia 11

Capítulo uno
La pregunta definitiva..... 13

Capítulo dos
Listo para darse por vencido..... 25

Capítulo tres
El momento de la decisión 35

Capítulo cuatro
Aceptar el llamado (de nuevo)..... 49

Capítulo cinco
Interesarse por aquello en lo que Él se interesa..... 67

Capítulo seis
La prioridad la tiene la gente..... 81

Capítulo Ssiete
Tanta gente y tan poco tiempo..... 93

Acerca del Autor..... 111

A mis amigos
Tim y Eileen Ostrander,
cuya pasión por la gente produjo
un toque de sanidad y ayuda
en el nombre de Jesús.

La historia

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y

se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.

Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. (Juan 21:1-17)

Capítulo 1

La pregunta definitiva

(*Y su respuesta, ¿cuál es?*)

Hay una palabra que nunca le debe decir a Jesús:

¡Renuncio!

Pero si algún día se la dice, Él no le va a preguntar el porqué. Su pregunta va a ser mucho más personal. Mucho más penetrante.

Todos sabemos lo incómodo que es que nos hagan preguntas que nos pongan en evidencia…

¿Sabe usted porqué le ordené que se estacionara en la cuneta?
¿Ha oído algo de lo que le he dicho?
¿Me podría dar su número secreto, por favor?
¿Sabes dónde aterrizó tu pelota?
¿Y cómo piensas sostener a mi hija?

Sin embargo, puede estar seguro de que nunca va a haber una pregunta más incómoda que aquella que Jesús le quiere hacer. Es la pregunta decisiva que le hizo a Pedro.

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Y no se la hizo una sola vez. La repitió. Y después la volvió a repetir. Era como si estuviera enterrando profundamente un clavo en el alma ya herida de Pedro.

Si mi esposa Marie me mirara a los ojos, con añoranza en los suyos, y me dijera «¿Me amas?», mi respuesta sería rápida y predecible: «¡Claro que sí!».

Pero, ¿y si se negara a sentirse satisfecha con una respuesta tan rutinaria? Supongamos que me preguntara una vez más, con la voz quebrantada por la emoción: «No; necesito saberlo de veras. ¿Me amas?». Y que, antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo, me lo preguntara por tercera vez, con más urgencia aun en la voz: «Joe… por favor… ¿Me amas?».

Entonces yo sabría que estaba sucediendo algo muy profundo. Entendería con claridad que, debajo de sus palabras se estaba formando algo grande. Algo a lo que necesitaba dedicar toda mi atención.

Así se tiene que haber sentido Pedro cuando Jesús lo interrogó en medio de la neblina del amanecer junto a la orilla de aquel mar, después de una agotadora, y totalmente estéril, noche pescando.

Eso es lo que hace especialmente perturbador el interrogatorio que Cristo le hizo a Pedro. Tal vez usted ya sepa que Jesús nunca hace preguntas porque no sabe la respuesta. Las hace para demostrar algo; para sacar a la luz algo escondido, cuestiones internas de la vida, y para empujarnos a hacer un reajuste. Estaba sondeando el corazón de Pedro a raíz de su reciente decisión de volverle la espalda a aquello de «dedicarse a la gente» para regresar a su antiguo oficio de pescador. En ese oficio estaba cuando Jesús lo había llamado tres breves años antes, reclutándolo para una nueva empresa: dar la vida por la gente. O, como lo expresaba Jesús, pescar hombres.

Pedro había dejado atrás a Jesús, y Él lo había tomado como algo personal, que es lo que hace cada vez que nosotros decimos «¡Renuncio!»

¿Acaso sería que ya Pedro no amaba a su Señor? ¿O solo estaba totalmente ofuscado por una sombría sensación de desaliento y de fracaso?

El llamado de Cristo para centrar la vida de Pedro en las necesidades y la formación de la gente no se produjo en un momento aislado de la historia. Si usted dice de sí mismo que es seguidor de Jesús, este es también el llamado que Él ha puesto sobre su vida. Su invitación a seguirle siempre está conectada con el compromiso diario de tocar vidas en su nombre; entrar con valentía y amor al mundo de aquellos con quienes nos encontramos todos los días. No es posible tener la una sin el otro.

Cuando Jesús vino a nuestro planeta, su vida siempre tuvo que ver con la gente. Por tanto, si usted está decidido a seguirlo, no se sorprenda de que esa aventura lo lleve a meterse de cabeza en las necesidades de la gente. Y cuando se salga de su llamado, como hizo Pedro, Él va a querer saber qué le sucedió al amor que usted le tenía.

Le va a preguntar: «¿Me amas?».

Si le responde «Sí, Señor, tú sabes que te amo», como le respondió Pedro, espere oír de Él estas palabras: «Apacienta mis corderos».

Dicho sea de paso, su preocupación por el amor que nosotros le tenemos y por la gente que

trae a nuestra vida, no es un etéreo «pensamiento de iglesia» que suena bonito. Su pregunta nos empuja a centrar nuestra vida y nuestros recursos en la pasión más cercana a su corazón; en lo más valioso que hay en este planeta… *¡la gente!*

¿Qué gente? La que necesita el toque sanador que solo les pueden dar nuestros actos de amor. La que va a florecer cuando le demos nuestro tiempo y atención. Aquella gente cuyo destino eterno se halla en la balanza en este mismo instante. La que necesita anular sus errores del pasado y que se le devuelva su futuro, porque la hemos perdonado. La gente que necesita unas buenas palabras de consuelo, cuya vida está esperando que llegue alguien que realmente se interese por ella. Gente que necesita espacio y no asfixia; que necesita que la amen y no que la usen; que la bendigan y no que la manipulen; que oren por ella y la ayuden, y no que la difamen. Gente que necesita que la rescaten de las trampas del maligno. Gente afligida y acosada como ovejas sin pastor.

Créame que si anda en medio de la gente, no va a tener escasez de oportunidades para demostrarle a Jesús lo mucho que lo ama. Hay gente por todas partes. Somos un montón de necesitados.

Si las cosas fueran un poco mejores…

Jan llevaba semanas trabajando frente a un escritorio vacío. Sally, que había ocupado ese escritorio durante años, había sido ascendida poco antes al nivel de los ejecutivos.

A decir verdad, Jan sentía alivio.

Cuando empezó en aquel trabajo, se sentía deseosa de hacer nuevas amistades. Obviamente, Sally, que estaba tan cercana por trabajar en el escritorio vecino, era una buena posibilidad. Era bonita, divertida y muy activa en cuanto a la política de la oficina. Sin embargo, no le hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de que era una mujer decidida a seguir escalando en su carrera, al precio que fuera. En resumen, la gente solo era importante para ella, si la podía ayudar en su trayectoria hacia los altos niveles de la administración.

Jan no tenía idea del desastre en el que se estaba metiendo cuando se aventuró a tener lo que ella suponía que era una «relación semejante a la de Cristo» con Sally.

Cuando Sally pasaba demasiado tiempo en la cafetería, charlataneando con la gente «más emprendedora» de la empresa, Jan hacía de buena gana el trabajo de ella. La encubría cuando el jefe llamaba y no estaba en su escritorio. Hizo cuanto pudo por demostrarle que era una amiga en la que podía confiar. Salían a cenar juntas

con frecuencia después del trabajo. Jan escuchaba a Sally, y hablaba cuando podía, porque ella se pasaba la mayor parte de la tarde hablando de sí misma y de sus problemas con los hombres.

Hacía poco que Jan seguía a Jesús. Poco después de hacerse cristiana, había aprendido que, para que su amor y su relación con su Señor fueran auténticos, necesitaba salirse deliberadamente de su propio mundo para involucrarse en la vida de los demás. Pensaba que Sally era una magnífica oportunidad para hacerlo. Es más, oraba con frecuencia para que su interés por Sally y el apoyo que le daba, la llevaran a interesarse en tener una relación con Jesús.

Jan hacía bien su trabajo en la oficina. Es más, no pasó mucho tiempo antes que los «poderes de la empresa» comenzaran a fijarse en ella para hacerla ascender en la corporación. La simple idea de que esto sucediera era demasiado para Sally, y la comenzó a ver de una manera distinta, como una amenaza para sus sueños de progreso en su carrera. Después de dos años de estar creando amistad con ella, Jan acertó a escuchar una conversación entre Sally y su jefe, que la estremeció por completo. Con una voz triste y vacilante, Sally le estaba explicando la gran cantidad de trabajos de Jan que ella había tenido que recoger para corregirlos antes de entregarlos. Según Sally,

Jan se pasaba demasiado tiempo hablando con sus amigas por teléfono, y cuando se la corregía, siempre tenía unos cuantos comentarios escogidos acerca de la extraña forma en que llevaba el negocio la alta gerencia.

Nada de aquello era cierto.

Pero Sally había sido lo suficientemente lista como para introducirse en el sistema, y fue ella quien consiguió el ascenso. Jan se quedó estancada en el mismo escritorio, y con su reputación echada a perder.

Para ella, aquello de amar a Jesús a base de acercarse a la gente no había resultado de la forma que ella pensaba que sería. La realidad era que la gente no solo estaba necesitada, sino que era *peligrosa*. La habían utilizado, herido y desechado. Profundamente desalentada, no solo con la gente, sino también con Jesús, que le había pedido que se sacrificara para enredarse con los demás, Jan estaba decidida ahora a tomar el control de su propia vida. Con quien llegara al escritorio de Sally, se iba a comportar de tal forma que quedaran garantizados su propia seguridad y su adelanto personal en la corporación.

El corazón de Jan ya no estaba dispuesto a tocar a otros en el nombre de Jesús. Había aprendido su lección a las duras. Era hora de subirse al tren de la corporación para llegar a ser algo en

la vida. No iba a correr riesgos de ninguna clase, y lo iba a mantener todo a un nivel profesional, con sus mejores intereses como meta. La vida es demasiado corta, se decía, y no necesitaba el sufrimiento de otro desastre con la gente en ella.

No se trataba de que estuviera lista para negar a Jesús por completo. Seguía asistiendo con gusto a sus reuniones semanales de grupo, adoraba con entusiasmo los domingos y tomaba abundantes notas cuando el pastor hablaba de lo que tenía en el corazón. Solo se trataba de que se había vuelto más sabia en su lugar de trabajo. Jesús tendría que comprenderla. Su forma de hacer las cosas no daba resultado en la oficina. Hasta se preguntaba si tal vez el mundo de hace dos mil años no sería más agradable que el «mundo de la oficina», y si Jesús, de haber estado aquí ahora, no habría revisado también algunos de sus pensamientos acerca del lugar y la importancia de la gente.

Así que, cuando Heather reemplazó a Sally en el escritorio cercano, Jan estaba lista.

Heather era agradable, fácil de relacionarse con ella, y se portaba de una manera abiertamente amistosa con Jan. A ella le pasó por la mente que así era Sally también al principio. Lo que no sabía era que Heather se hallaba cerca de un punto de transición en la vida. Poco tiempo atrás, la había impresionado de manera profunda

el amor incondicional y el interés de un par de amigas cristianas. Cuando se enteró en la oficina de que Jan era cristiana, se sintió complacida en su interior. Estaba ansiosa por experimentar otra relación que la bendijera con el generoso amor que había recibido de sus amigas. En realidad, había pensado muchas veces (aunque nunca se lo había dicho a sus amigas) que cada vez se sentía más atraída hacia Jesús. La arrastraba lo que ellas decían de su amor sacrificado y siempre dispuesto a perdonar. Lo había experimentado con ellas y, en lo más profundo de su ser, sabía lo mucho que necesitaba que la perdonaran.

Afectuosa y esperanzada, Heather hizo intentos por llegar a conocer a Jan. Le preguntaba: «¿Podríamos salir juntas al descanso? ¿Te parece que almorcemos juntas?». Pero Jan se aseguraba de estar siempre ocupada. Las conversaciones eran corteses, pero sus breves respuestas garantizaban que las cosas no fueran muy lejos.

Jan se sentía bien guardando su distancia.

No tenía idea de lo que estaba pasando.

Son incontables los seguidores de Jesús que, como Jan, «están cansados» de la gente.

Esposas a quienes su esposo infiel ha dejado plantadas.

Hombres amargados por mujeres que se han burlado de ellos.
Hijos profundamente desilusionados por sus padres. Padres heridos por el rechazo de sus propios hijos. Clientes a quienes les han hecho trampas otros cristianos en el mundo de los negocios.
Jovencitas adolescentes de las cuales ha abusado sexualmente un padre lujurioso, que también resulta ser anciano de la iglesia.
Gente cansada de unas relaciones de un solo sentido, sin reciprocidad, como los callejones sin salida. Gente herida que ha sido traicionada por algún amigo.
Gente que encuentra que la vida es más fácil de manejar cuando la vive de acuerdo a sus propias normas.
Gente que ha descubierto que la mayor parte de la gente es agradable, pero no es necesaria.

Y la lista sigue. En uno u otro momento, todos nos hemos sentido desilusionados y desalentados a causa de los seres humanos. La mayoría de nosotros nos sentimos con ganas de decir «amén» a las palabras de aquel filósofo: «Mientras más conozco al hombre, más quiero a mi perro».

Así es cómo… olvidando que nuestra razón de ser en la vida es demostrar nuestro amor a Jesús a base de involucrarnos en la vida de los demás para hacerles el bien (aunque nos cueste algo), tendemos a hacer lo mismo que Pedro… dejar atrás a Jesús para retroceder hacia la tranquila comodidad de una vida controlada por nosotros mismos.